



Depósito Legal O-2-1958 (Edición General), AS-751-2001 (Edición de Gijón), AS-752-2001 (Edición de Avilés), AS-753-2001 (Edición de las Cuencas), AS-754-2001 (Edición del Occidente), AS-755-2001 (Edición del Oriente), AS-01235-2016 (Edición de Oviedo), ISSN 1131-8279 (Edición General), 1136-1557 (Edición de Gijón), 1131-8244 (Edición de Avilés), 1136-4955 (Edición de las Cuencas), 1577-4910 (Edición del Oriente), 1577-4902 (Edición del Occidente), 1577-5321 (Internet), 2445-4605 (Edición de Oviedo)

Luis MEANA

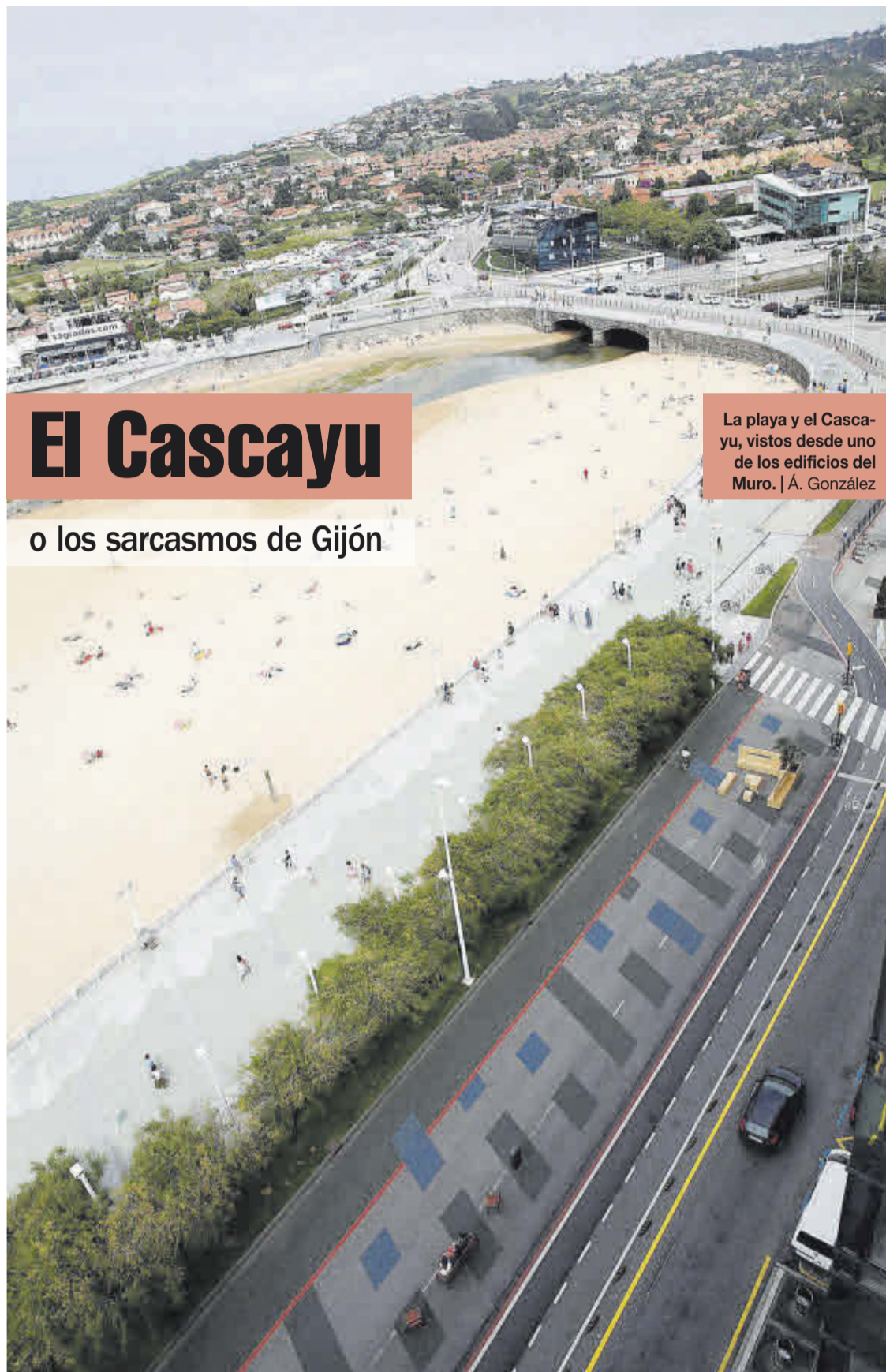
En vez de llamar a las cosas por su nombre, a Gijón le gusta mucho describirlas con sarcasmos, que ella, tan proclive a la exageración, rápidamente inventa. Con ese procedimiento nacieron alegorías tan famosas como les chapones, les letrones, la “lloca” del Rinconín, y otras que, por decoro, omito. Todo el mundo sabe que la última genialidad creativa de las autoridades locales fue desterrar del Muro al tráfico (nuevo paria de la tierra) y convertir lo que era una vía de comunicación vital para la ciudad en un jardín de infancia con taburetes.

En nuestra ignorante obsolescencia creímos que, entre los múltiples problemas graves que tenía Gijón, la reinención viaria del Muro venía a tener la misma urgencia que dilucidar cuántos ángeles caben en la punta de un alfiler. Pero estos ediles supercalifragilísticos espiramidados que nos gobiernan se han tomado la molestia de recordarnos nuestro error: era urgente aumentar el espacio marítimo de paseo por la extrema saturación (??) del Muro y por calmar la angustiosa necesidad de mar que sentían los gijoneses, ansia nerviosa que le estaba creando graves quebrantos a su espíritu, tan apisionado por los coches como un diminuto jilguero por su jaula. Vale. Aceptado pulpo como animal de compañía.

Conviene recordar, sin embargo, que esta película de pésimo guion y peor reparto ya nos la habían contado hace tiempo: sus ancestros políticos nos repitieron por activa y por pasiva el cuento, muy prometedor, de que necesitábamos un superpuerto para llenar la ciudad de grandes barcos porque el antiguo Musel se había quedado pequeño, nuevo superpuerto que nos traería, como ahora el nuevo paseo, otra edad de oro: prosperidad sin límites. Pero tan “gigantesca” idea parió sólo un ratón: un mastodóntico espigón, espermática copia de la gran muralla china, que hiere gravemente a la vista, a la estética y a la ética, nos impide ver el horizonte, ha ahorrado a la hermosa bahía en una cárcel de cemento armado, nos ha dejado sin playa, y al final ni barcos ni honra. Así que ya sabemos cómo acaban estas utopías de caleya: en la nada más desgraciada.

Asistimos ahora a la repetición de la jugada. A esa gran ocurrencia del edil de paseos ha respondido Gijón a su manera, o sea con sarcasmo: le ha puesto a tan excelsa obra el mote de “El Cascayu”. Un juego al que jugaban los niños callejeros de los barrios (preferentemente pobres) de Gijón hace medio siglo, y que consistía en ir saltando más o menos a la pata coja sobre unos cuadros que previamente se pintaban en la acera o el pavimento con la herramienta virtual de la época: la tiza. No hace falta ser confeso freudiano para ver en ese mote una desautorización popular mediante ridiculización.

Claro que esa idea del Cascayu no es precisamente una huérfana solitaria, es más bien el último retoño de una familia muy numerosa.



El Cascayu

o los sarcasmos de Gijón

La playa y el Cascayu, vistos desde uno de los edificios del Muro. | Á. González

La ciudad necesita futuro, velocidad en vez de lentitud, libertad en vez de servilismo. Sobran circos y falta creación de riqueza

Hace ya tiempo que las muy progresistas autoridades locales —y no sólo locales— viven de la extravagancia. Aspiran a romper todos los récords de sus predecesores con el fin de pasar a la historia como autores de las más insólitas ocurrencias. La máxima aspiración de nuestros gobernantes es dejar “plasmada” a la ciudadanía. Y lo están logrando. Alguien que desconozca esta tierra podría llegar a la conclusión de que la ciudad vive dormida en una espe-

cie de Edad Media perpetua contra la que hay que actuar urgentemente. Modernizándola. Conviene, sin embargo, recordar que llevamos como siete reconversiones y diez lavados de cara. En su obsesión de novedad, a estos ediles cualquier aberración nueva les parece especialmente procedente. Por tanto, como hijos que son de la revolución tratan de hacer lo nunca visto: el triple salto mortal con tirabuzón. O sea, el Muro. Y así, en nuestra bús-

No sabemos lo que somos y menos todavía lo que queremos ser. Por eso vivimos en este agitado travestismo

queda del tiempo perdido, lo que nos ofrecen para mojar en el café mientras contemplamos el océano no es precisamente la famosa magdalena de Proust, sino un Cascayu. Y en eso estamos: mojando y mojando la infumable magdalena.

Caben muy pocas dudas de que la ciudad necesita una revolución. Pero una de verdad, no cascayos. Lo que esta ciudad necesita es futuro. Velocidad en vez de lentitud, libertad en vez de servilismo, ambi-

ción en vez de conformismo. Lo inaplazablemente urgente es “inventarle” a la ciudad una nueva prosperidad porque está en decadencia alarmante.

No necesita Gijón cascayos, sino progreso. Que traiga más bienestar a unos ciudadanos que tienen cada vez menos. Sobran circos y otros bucólicos romanticismos de paseo. Y falta creación de riqueza. El problema está en que ninguno de esos ediles —ni los habidos ni los por haber— sabe qué hacer con la ciudad. Y, mientras se aclaran —que no se van a aclarar— no se les ocurre nada mejor que ponernos a jugar al cascayu. Viejo truco que tiene un nombre: desconcierto histórico. O, en términos futbolísticos, no encontrar el sitio en el campo. En el fondo de esas ocurrencias late el viejo drama: no sabemos lo que somos, y menos todavía lo que queremos ser. Y por eso vivimos en esta agitada invención de travestismos. Primero fuimos ciudad industrial, después quisimos ser ciudad turística, luego vino el amago de ser ciudad de congresos, y ahora estamos en la más majestuosa ocurrencia: travestirnos en renacentista (??) ciudad de personas y paseos como si tuviéramos la riqueza de California.

En resumen, que, queriendo o sin querer, alguien ha convertido al Cascayu en símbolo —pérfido— de Gijón. Pero, por lo que parece, a ese alguien se le ha ido de las manos este nuevo Frankenstein. Cosa que pasa mucho con los símbolos: que como los tiros salen por la culata. Resultado: que lo ideado como una “revolución” se ha convertido en una “revelación”, es decir, que los promotores de tan grandiosa idea se han quedado con el culo al aire (con perdón). Porque lo que ese “vistoso” Cascayu revela es a qué dedican sus senatoriales cerebros estos gobernantes locales: a mirarse el ombligo. O sea, a la ludopatía política: al jugueteo del aquí mando yo y no sabe Ud. con quién está hablando, mientras la ciudad languidece.

Gijón ha pasado del “homo faber” de la industria, los coches, los humos y las fábricas al “homo ludens” del Cascayu. Ombliguismo que es también el gran mal de esta región: mirar hacia dentro (a los folclores bastante inflados de la sidra, la gaita, el cachopo, el bable, las milagrerías populistas, más otros etcéteras) en vez de mirar hacia fuera: al mundo. Autocomplacerse en la adoración de los propios dogmas —moribundos— y en las ensoñaciones —románticas— sin prestar la atención debida a los veloces movimientos del entorno y a sus furiosos arreones. Mientras el tren del mundo está entrando en la era post-cristiana de la historia, y corre a velocidad supersónica, nosotros estamos la mar de entretenidos jugando al cascayu. Resultado: cada vez más marginados y marginales. No deberíamos olvidar estas cosas en día de tanta fiesta, la Virgen de Begoña, cuando el balón vuelve a rodar en El Molinón, los caballos saltan en el Hípico, y el capote de un torero de época, Morante de la Puebla, vuela como una gaviota sobre el albero tostado de esta milenaria villa marinera.